Globethics Repository



La doble explotación de la mujer en el capitalismo [The double exploitation of women in capitalism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Aguirre, Manuel Agustín
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-02 07:13:28
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221965

Nueva Sociedad Nro.56-57 Septiembre- Octubre/ Noviembre- Dicembre 1989, pp. 93-104

La doble explotación de la mujer en el capitalismo

Manuel Agustín Aguirre

Manuel Agustín Aguirre. Abogado, catedrático y poeta ecuatoriano. Fue Decano de la Facultad de Economía y Rector de la Universidad Central de Ecuador.

El tema que voy a desarrollar se refiere a la situación de la mujer trabajadora dentro de la célula fundamental de las sociedades clasistas, la familia, en la que no es exagerado afirmar ocupa una posición de esclava, algo como de pertenencia del hombre, del marido. No olvidemos aquello de "mi mujer", "la señora de", con énfasis posesivo, de propiedad privada. Para justificar esta situación disminuida, sometida, de la mujer, se habla de que, por su naturaleza biológica, se halla destinada a procrear hijos y con ello a criarlos, mantenerlos, educarlos y realizar todas las demás tareas monótonas, agotadoras, fatigantes, a nombre de un amor de esposa y madre.

Por poco que incursionemos en la antropología, etnografía y otras ciencias afines, encontraremos que esta concepción es errónea como son todas las teorías que se han inventado para tratar de explicar y aun justificar la inferioridad que se le atribuye y en la que se ha colocado a la mujer respecto al hombre. Después de las investigaciones de Tylor, Rivers y sobre todo Morgan, completado e interpretado por Marx y Engels en el libro "Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado", ya nadie puede negar la existencia de una sociedad en que los medios de producción se hallan en manos de la comunidad y cada miembro recibe lo necesario para su subsistencia; en la que no habiendo propiedad privada no existe la explotación, la división de clases ni el Estado, aparato coercitivo y de dominación. El nivel rudimentario de las fuerzas productivas, determina la existencia de relaciones de producción, basadas en la cooperación y ayuda mutua entre todos los miembros de la colectividad.

En esta sociedad o comunidad primitiva, donde la unidad celular es la gens o el clan materno, no sólo que los hombres y las mujeres son económica y socialmente iguales y ningún sexo domina al otro, sino que las mujeres ocupan una situación especial, el matriarcado, que no se debe a su función procreadora, como lo creía Bachofen, sino a que era la productora de los elementos indispensables para la vida, como lo demuestra Robert Briffault y lo comprueban Gordon Childe, James Frazer

y otros. En efecto, mientras los hombres se dedicaban preferentemente a la caza, la pesca y la guerra, fueron las mujeres las que pasan de la recolección de alimentos a la horticultura y la agricultura; las que practican una variedad de artesanías como la alfarería, cestería, tejidos; mejoran las herramientas y descubren las propiedades de algunas plantas medicinales, con lo que puede decirse inician los conocimientos de la botánica, la química, la medicina, educan a sus hijos, todo lo cual demuestra su capacidad física e intelectual, que las constituye en los elementos más avanzados de la comunidad. Vemos también que, por la división natural del trabajo por sexos, ha sido colocada la mujer en las actividades de subsistencia más productivas y con ello en una posición de superioridad, de manera que no puede decirse que por razones biológicas se halle condenada a practicar actividades inferiores o subalternas: "La señora de la civilización, rodeada de aparentes homenajes, extraña a todo trabajo efectivo, tiene una posición social muy inferior a la mujer de la barbarie, que trabaja de firme, se ve en su pueblo conceptuada como una verdadera dama y lo es efectivamente por su propia posición", dice Engels.[1]

Para no ir muy lejos, en lo que ahora es el territorio de Ecuador, nuestros pueblos, aun con características específicas, vivieron estas formas primitivas de la comunidad y la organización matriarcal, como lo demuestran numerosos historiadores e investigadores, cuyos trabajos sería largo señalar. No olvidemos el nombre de María Caiche, Cacica del pueblo de Daule, célebre no sólo por sus cualidades de mando, sino por su valor y fuerza física, pues venció y mató, en singular batalla, a un feroz cocodrilo. No es, pues, la mujer, por su naturaleza, débil y sometida al hombre, no siempre estuvo dedicada únicamente a las tareas del hogar ni condenada por su constitución biológica a menesteres inferiores, como lo ha de estar luego en la llamada civilización cristiana de occidente.

Pero con el desarrollo social, donde todo está en transformación permanente, esta comunidad primitiva, matriarcal, iba a perder su preeminencia y dar paso al patriarcado y la familia monogámica. El desarrollo de las fuerzas productivas implica que la agricultura llegue a ser la proveedora principal de los medios de subsistencia, a la que ahora se dedica preferentemente el hombre, desplazando a la mujer a las tareas del hogar con lo que encontramos una nueva división del trabajo en la que ésta comienza a ocupar una posición secundaria y dependiente. Por otra parte, el cultivo de la tierra, la ganadería, la artesanía, el laboreo de los metales, determina una mayor productividad del trabajo, la creación de un excedente, el cambio, la propiedad privada y la familia patriarcal como una necesidad de trasmitir los bie-

[1] "El Origen de la Familia, de la Propiedad Privada y el Estado" Marx-Engels. Obras Escogidas, T. II. Ed. Lenguas Extranjeras, pág. 194.

nes por herencia y en la que todo el poder pasa al patriarca, al padre. No vamos a hacer una historia del desarrollo de la familia, ya que podemos encontrarla fácilmente en el libro de Engels; pero debemos anotar que las nuevas investigaciones no han hecho sino confirmar sus tesis, que demuestran que la familia "no significa el ideal, mezcla de sentimentalismos y de disensiones domésticas del filisteo de nuestra época; al principio, entre los romanos, ni siquiera se aplicaba a la pareja conyugal y a sus hijos sino tan sólo a los esclavos. **Famulus** quiere decir esclavo doméstico, y **familia** es el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre... y añade Marx "la familia moderna contiene en germen no solo la esclavitud (**servitus)** sino también la servidumbre; y desde el comienzo mismo guarda relación con las cargas en la agricultura. Encierra **en miniatura,** todos los antagonismos que se desarrollan más adelante en la sociedad y su Estado".[2]

Con el fin de escamotear la organización matriarcal, como una etapa de la evolución de la humanidad y exaltar a la familia monogámica actual como una entidad permanente y eterna, los difusionistas, funcionalistas, estructuralistas, abandonan el estudio del desarrollo de la sociedad como un todo y el método histórico materialista, para darnos la simple descripción de diversas culturas aisladas, desconectadas unas de otras, sin sucesión ni relación alguna, en una especie de caos necesario para encubrir su hipocresía y sus posiciones reaccionarias. Lo que los identifica y une es su positivismo naturalista, que trata de parificar la naturaleza y la sociedad, presentando a la familia como un producto biológico, dado por la naturaleza de una vez para siempre, ignorando que se trata de un producto social que ha evolucionado a través del tiempo.

Elementos fundamentales de la teoría de la explotación

Sabemos que en el sistema capitalista todo se compra y se vende, se transforma en una mercancía, inclusive el honor y hasta los huesos de los santos. En este sistema, el obrero para vivir, una vez despojado de sus limitados medios de producción, en aquel proceso horrendo de la acumulación primitiva del capital, tiene que vender su fuerza de trabajo al capitalista en cuyas manos se han concentrado los medios de producción. La fuerza de trabajo, fundamental en todo proceso productivo, es el conjunto de las energías físicas y mentales del trabajador que lo capacitan para trabajar. Como toda mercancía tiene un valor de uso y un valor de cambio. Su valor de uso consiste en que al trabajar, al gastarse, crea valor; su valor de cambio, es lo que el capitalista paga por adquirir esta fuerza de trabajo que se expresa monetariamente en el salario. ¿Cómo se determina el valor de cambio?, "por el tiempo de

[2] Id. pág. 201.

trabajo necesario para la producción incluyendo por tanto la reproducción de este artículo específico" dice Marx. En otros términos, la fuerza de trabajo se da en un ser viviente que al emplearla diariamente gasta músculos, nervios, cerebro humano, en la producción y requiere para reponerla, reproducirla, una cantidad de alimentos, vestidos, habitación, descanso, etc., es decir, un conjunto de medios de vida para asegurar la subsistencia del trabajador. "Por tanto, el tiempo necesario para la producción de la fuerza de trabajo viene a reducirse al tiempo necesario para la reproducción de estos medios de vida, o que es lo mismo el **valor de la fuerza de trabajo** es el **valor** de los **medios de vida necesarios** para asegurar la subsistencia de su poseedor". Claro que estas necesidades de alimento, vestido, calefacción, vivienda, etc., varían de acuerdo con las condiciones del clima y otras del respectivo país, ya que el **volumen de las llamadas necesidades naturales** así como el modo de satisfacerlas es un producto histórico y cultural.

Por otra parte, el poseedor de esa fuerza de trabajo es un ser mortal, que desaparece prematuramente, por lo que requiere ser reemplazado por otros que continúen vendiendo su fuerza de trabajo para que no se detenga la permanente transformación del dinero en capital. De manera que es necesario que el vendedor de la fuerza de trabajo se eternice "como se eterniza todo ser viviente, por la procreación". Así en la suma de los medios de vida necesarios para la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, se incluyen los que requieren los sustitutos, es decir, los hijos de los obreros, para que esta raza especial pueda eternizarse en el mercado.

Un tercer elemento lo constituyen los gastos de educación y aprendizaje del portador de la fuerza de trabajo, insignificantes tratándose de un trabajo corriente, pero que han de incluirse en los valores invertidos en su producción.

El límite último o mínimo, está constituido por la masa de mercancías diariamente indispensables para que el poseedor de la fuerza de trabajo pueda renovar su proceso de vida, es decir el **valor de los medios de vida físicamente indispensables;** pues si desciende de este nivel mínimo, el precio de la fuerza de trabajo desciende por debajo de su valor, de modo que sólo puede mantenerse de pie y desarrollarse en una forma mezquina, y el valor de toda mercancía depende del tiempo de trabajo necesario para suministrarla en "condiciones normales de bondad".

La parte de la jornada de trabajo que el obrero emplea para producir la fuerza de trabajo y el salario que ha recibido del capitalista, se llama tiempo de **trabajo necesario,** porque sin esa recuperación el trabajador no puede continuar laborando. Pero como el obrero ha vendido el valor de uso de su fuerza de trabajo al capitalis-

ta, éste lo hace trabajar no sólo el tiempo de trabajo necesario para producir y reproducir su fuerza de trabajo, cuatro horas, por ejemplo, sino ocho, diez y hasta doce, produciéndose un trabajo suplementario o sobretrabajo, no pagado, que es lo que se denomina plusvalía. La relación entre el tiempo de trabajo necesario y el trabajo suplementario o excedente, determina la tasa de explotación. Hay dos formas de plusvalía: la absoluta y la relativa. La primera, se obtiene prolongando la jornada de trabajo; la segunda, reduciendo la parte de la misma, dedicada a la reproducción de la fuerza de trabajo, por medio de la transformación de las condiciones técnicas y sociales que aumentan la productividad del trabajo y con ello disminuyen el valor de los medios de producción y de los productos de consumo diario del trabajador y, en consecuencia, el valor de la fuerza de trabajo.[3]

El trabajo doméstico de la mujer en la teoría de la explotación

Y ahora nos encontramos con un problema: sabemos que el salario que recibe el obrero, marido y padre, es el precio monetario de su fuerza de trabajo y corresponde, en principio, a los medios de vida indispensables para su subsistencia y la de su familia. Pero estos medios de vida, como los alimentos, la mujer los compra en el mercado como si dijéramos en estado bruto o sea crudos y deben ser elaborados, cocidos, para que puedan ser ingeridos y cumplan su función de restaurar las energías que permitan al trabajador continuar entregando su fuerza de trabajo cotidianamente al capitalista. La ropa ha de ser cosida, lavada y remendada; la habitación, por humilde que sea, barrida, limpiada, arreglada, etc, etc.. A estas innumerables horas de trabajo monótono, repetitivo, fatigoso hasta la desesperación, que requiere la diaria reproducción de la fuerza de trabajo del obrero-marido, hay que agregar las horas no menos fatigosas y enervantes, que se requiere para amamantar, alimentar, criar, educar, atender sus enfermedades, a los hijos de ambos, que serán los futuros obreros que eternicen la futura venta de esa fuerza de trabajo, por generaciones.

Que no se diga que esto no es trabajo, porque en él concurren todos los elementos constantes en cualquier proceso de trabajo: voluntad consciente dirigida a un fin; objetos de trabajo (productos del mercado) e instrumentos de trabajo (ollas, cacerolas y demás utensilios), lo que da como resultado un producto, los alimentos preparados que se ingieren, además de los servicios que se prestan. Se trata de un trabajo socialmente necesario que crea un valor que se agrega al preexistente en las materias primas adquiridas como medios de subsistencia. Lo que acontece es que esta reproducción se realiza en un doble nivel, que corresponde a la división del

[3] Carlos Marx. "El Capital". T. I, Vol. I. Ed. Fondo de Cultura Económica, pág. 188 y sgts.

trabajo por sexos, de manera que: "Si bien los hombres y las mujeres reproducen su fuerza de trabajo por medio de la creación de mercancías, a través del intercambio o sea para su consumo indirecto, las amas de casa reponen diariamente gran parte de esa fuerza de trabajo de toda la clase trabajadora"[4]. En otros términos, si una parte de la fuerza de trabajo se reproduce en forma social, pública, por intermedio del salario, otra parte y no la menos importante, se reproduce en esta primera forma de empresa privada, que es la casa, la familia, en cuyo seno se confisca la fuerza de trabajo de la mujer, a través del contrato de matrimonio, para utilizarla, en forma gratuita, sin ninguna recompensa, bajo el mito de que es consustancial con su función biológica de esposa y madre, confundiendo lo biológico con lo económico, para escamotear su explotación en el hogar. El salario que percibe el obrero no es suficiente para reproducir la fuerza de trabajo y se requiere de la masa de trabajo gratuito de la mujer para esa reproducción, que es la que permite la creación de la plusvalía que se embolsa el capitalista.

Y esto no es cosa del azar sino del resultado de un proceso social de siglos. Como Engels lo señala: "En el antiguo hogar comunista, que comprendía numerosas parejas conyugales con sus hijos, la dirección del hogar confiada a las mujeres, era también una industria tan necesaria como el cuidado de proporcionar los víveres, confiado a los hombres. Las cosas cambiaron con la familia patriarcal y aún más con la familia individual, monogámica. El gobierno del hogar perdió su carácter social. La sociedad ya no tuvo nada que ver con ello. El gobierno del hogar se transformó en **servicio privado;** la mujer se convirtió en la criada principal, sin tomar ya parte en la producción social"[5]. Expulsada de la producción social, sector que se expandía a través del cambio de los productos y transformaba al hombre en productor de mercancías, la mujer fue confinada en la empresa privada y destinada a la producción de valores de uso, para la reproducción de la fuerza de trabajo.

Ahora bien, el gasto de innumerables horas de trabajo empleado en la producción de estos valores de uso, trabajo concreto, útil, al no expresarse en forma de trabajo abstracto en el cambio de mercancías, en una sociedad capitalista, en la que la mercancía constituye su célula fundamental y es un emporio de mercancías, el trabajo de la mujer aparece como que no tuviera valor, tanto más que una ideología de siglos lo presenta como una secuela de un fatalismo biológico que la condena a ser esposa y madre. Pero esta apariencia se desvanece, cuando hay que contratar otra persona que realice las labores del ama de casa y a la que hay que pagarle un sala-

[4] "Hacia una Ciencia de la Liberación de la Mujer" Esabel Larguía y John Dumoulin. Revista Casa de las Américas, Nos 65-66, pág, 39.
[5] Op. cit., pág. 215.

rio. Resulta paradójico que un joven norteamericano soltero que dedica, según encuesta de James Morgan, 408 horas anuales en los quehaceres domésticos y paga por ello a una muchacha, deje de hacerlo al casarse con ella[6]. Margaret Benson, afirma: "En cantidades absolutas, el trabajo doméstico, que incluye la crianza de los hijos, constituye un total enorme de producción socialmente necesario. No obstante en una sociedad basada en la producción de mercancías, no se considera de ordinario "trabajo real", porque está fuera del intercambio y del mercado. Es precapitalista en el sentido nato de la palabra. La atribución del trabajo doméstico como función tiene una categoría especial: "las mujeres"; eso quiere decir que ese grupo tiene con la producción una relación diferente que el grupo "hombre", otra relación"[7]. La autora considera que esta base económica de la mujer determina su status inferior; en una sociedad en que el dinero determina el valor, su trabajo al no convertirse en dinero, carece de valor, ni siquiera constituye un verdadero trabajo.

En realidad, la familia que, dada su constitución y su íntima relación con la propiedad privada de los medios de producción, ha logrado afianzarse a través de las formaciones sociales precapitalistas, permanece en el capitalismo como una pequeña empresa cuya función es la de reproducir, como hemos repetido, la fuerza de trabajo en sus dos formas: cotidiana y generacional, porque es útil y actúa en beneficio de los capitalistas dueños de los medios de producción. La confiscación de la fuerza de trabajo de la mujer a través del matrimonio monogámico, permite que el capitalista no sólo explote al marido en la esfera social, sino también a la esposa en la esfera privada, a través del hombre que actúa como una especie de capataz. Aquí el hombre es el burgués y la mujer la proletaria. Si el obrero-marido tuviera que efectuar el trabajo doméstico que realiza su cónyuge, estaría tan fatigado que no podría rendir, como lo hace, la parte de la jornada de trabajo suplementario en la que se produce el excedente, en la extensión que requiere el empresario para su insaciable hambre de plusvalía. Por otra parte, las horas no pagadas a la mujer reducen el valor del tiempo de trabajo necesario que tuviera que gastar el obrero si efectuara por si mismo las tareas domésticas necesarias para la reproducción de su fuerza de trabajo, con lo que se envilece el salario.

Si esto es así al tratarse de cualquier nación del área capitalista desarrollada, lo es más aún al referirse a un país de capitalismo atrasado y dependiente como el nuestro, donde es más duro el trabajo de la mujer debido a sus recursos limitados y precarios y el mayor número de horas dedicadas a su trabajo hogareño. Esta mayor cantidad de trabajo gratuito unido al bajo nivel de los trabajadores coloniales y se-

[6] "La Mujer en la Sociedad Mercantil", libro plural coordinado por Andrée Michel. Ed. Siglo XXI, pág. 17.
[7] "La Liberación de la Mujer: Año Cero" Libro plural. Ed. Granica, págs. 36-37.

micoloniales, determina los ínfimos salarios, el trabajo barato, que atrae el voraz apetito del gran capital internacional asociado al nacional, produciendo la crónica superexplotación de nuestros trabajadores y especialmente de la mujer. Esto trae el planteamiento de numerosos problemas específicos relacionados con la teoría de la explotación y el salario, que no es posible dilucidar ahora que estamos dedicados simplemente a llamar la atención acerca de la explotación de la mujer, que alcanza niveles insospechados.

En los últimos tiempos, el sacudimiento producido por los movimientos feministas y el surgimiento de algunas mujeres sociólogas, economistas, antropólogas, etc., que comienzan a cuestionar la tesis de la sociología tradicional y la economía neoclásica, que se niegan a reconocer como productivo el trabajo de la mujer en la familia y se oponen a que ni siquiera conste en los índices de producción y consumo, se ha tratado de cuantificar la magnitud de este trabajo doméstico, dando cifras verdaderamente sorprendentes, que reproducimos del libro "La Mujer en la Sociedad Mercantil", coordinado por Andrée Michel, en el que se publican los trabajos presentados en una mesa redonda celebrada en Royaumonte. Todos convienen en que el trabajo doméstico de la mujer cubre por lo menos la mitad del trabajo que realiza la humanidad. En Estados Unidos, el Chase Manhattan Bank, evalúa en 100 horas semanales las consagradas a tareas domésticas por las mujeres norteamericanas, mientras que Katheryn Walker calcula para las mujeres que trabajan en casa y fuera de ella, un promedio de 60 a 70 horas por semana y el valor total de la producción doméstica en un 25 por ciento del PNB. Galbraith calcula que el ama de casa realiza por semana (sobre la base de los salarios pagados en 1970 por empleos equivalentes), un trabajo correspondiente a 257 dólares por semana ó 13.364 dólares por año. Afirma que las mujeres si recibieran el pago de su trabajo, formarían, sobradamente, la categoría más importante de la fuerza de trabajo. Strageldin estima que el valor medio anual de la producción no mercantil del hogar equivale a unos 4 mil dólares, o sea el 50 por ciento del ingreso disponible. Y algo similar en Francia y los demás países europeos[8]. No hemos podido encontrar, por lo pronto, datos concretos relacionados con la cuantificación, indudablemente mayor, del trabajo doméstico de la mujer en América Latina y el Ecuador, debido a la falta de investigaciones al respecto. Corresponde especialmente a las mujeres, a las científicas sociales, el llenar este vacío.

Vemos, por otra parte, que el trabajo doméstico de la mujer, incrementado por la ampliación de las necesidades del hogar moderno, plantea problemas a la teoría de la explotación, la plusvalía y el salario, que no es posible soslayar. Marx y Engels

[8] Andrée Michel. Op. cit, págs. 49-57-59-66.

que se preocuparon tanto de la mujer en la sociedad primitiva, no pudieron dedicarle igual tiempo a la investigación de sus problemas específicos en las sociedades precapitalistas, y aunque mencionan el trabajo doméstico en su teoría de la explotación capitalista, lo hacen en forma periférica a su empeño monumental de descubrir las leyes que rigen el funcionamiento del sistema. Como dijera Engels en la tumba de Marx, éste no sólo descubrió como lo hiciera Darwin, respecto a la naturaleza, la ley del desarrollo histórico humano y el hecho tan sencillo, oculto en la maleza ideológica, de que el hombre necesita comer, beber, vestirse, tener un techo antes que hacer política, ciencia, arte, religión, sino también la ley específica que mueve al mundo actual capitalista y la sociedad burguesa, el descubrimiento de la plusvalía, que ilumina todos los problemas. A esa luz, es necesario investigar y dilucidar los problemas referentes a la monstruosa explotación de la mujer obrera, campesina y de los sectores medios, concretándose especialmente a nuestro continente. La empresa es de grandes dimensiones y a los jóvenes marxistas corresponde emprenderla.

Doble jornada de trabajo y doble explotación de la mujer

Pero sigamos a la mujer en el viacrucis de su explotación. Pasemos del trabajo invisible que realiza en el hogar, al trabajo visible que ejecuta en el campo, la fábrica, etc. Cuando la gran industria requiere de trabajo barato y permite que las mujeres ingresen al trabajo urbano fabril, se las somete a una serie de discriminaciones: dedicación a los trabajos relacionados con sus anteriores actividades (alimentos, bebidas, confección de vestidos, textiles), para los únicos que se las cree capaces, lo que significa una discriminación sexual, a pesar de haber demostrado ser aptas para la industria pesada a que acceden durante las guerras mundiales, debido a la ausencia de los hombres; son víctimas de la discriminación salarial aun en el caso de que realicen trabajos iguales a los del hombre; son las primeras despedidas en los momentos de crisis y pasan a formar el ejército industrial de reserva que presiona la baja de salarios; se hallan sujetas a malos tratos y aun se abusa de su pudor. Inclusive sus compañeros de trabajo la subvaloran y menosprecian ante el temor de que su competencia deprima sus ingresos, pues el patrono los amenaza con el empleo del trabajo femenino barato. Sin poder organizarse por su cuenta, en los sindicatos no llegan a ocupar sino raramente puestos directivos y no existe preocupación por sus reivindicaciones específicas. De manera que las mujeres aun dentro de la clase obrera constituyen un grupo discriminado en todos sus aspectos. Marx ha escrito sus mejores páginas sobre la situación de la mujer y los niños en la industria, "sangre transformada en valor", y ha demostrado como al lanzar al mercado de trabajo a todos los miembros de la familia, se distribuye entre ellos el valor de la fuerza de

trabajo, depreciándola y obteniendo una mayor plusvalía, al disponer no sólo del trabajo del jefe de familia sino de una más amplia cantera humana explotable, y un mayor grado de explotación, en la que la mujeres la víctima principal.

Engels consideraba "que si la mujer cumple con sus tareas en el servicio privado de la familia, queda excluida del trabajo social y no puede ganar nada; y si quiere tomar parte en la industria social y ganar por su cuenta, le es imposible cumplir con sus deberes de familia"[9]; en otros términos, creía que la mujer no podía soportar las dos jornadas de trabajo.

Sin embargo, la mujer obrera ha sido capaz de trabajar en la fábrica y volver a su hogar a desempeñar las tareas de esposa y madre. La primera jornada con horario y la segunda por todas las horas posibles, haciendo en total jornadas de ocho, dieciséis o más horas, mientras el hombre goza de las conquistas de las ocho horas de trabajo.

Ya sabemos que cuando la mujer trabaja en lo que llamamos la segunda jornada, es decir únicamente en el hogar, no recibe ningún salario, jubilación, vacaciones, indemnización por accidentes de trabajo ni prestación social alguna, nada. Ahora que trabaja en la fábrica o sea en la primera jornada, tampoco se computa en su beneficio el tiempo correspondiente a la segunda jornada. La constancia de este hecho, hubiera proporcionado un argumento eficaz a los que defendieron en el Congreso Nacional de nuestro país, la jubilación de la mujer a los veinticinco años de servicio. Pero el trabajo doméstico no pagado a la mujer, continúa siendo un tabú.

Las ideologías como instrumento de explotación de la mujer

Hasta aquí nos hemos referido más en concreto a la mujer obrera, porque consideramos que es la que más sufre la opresión y explotación del sistema; pero lo dicho puede aplicarse, en mayor o menor grado, a las que pertenecen a los demás estratos populares, especialmente a las campesinas, quizás en peores condiciones, a los sectores medios y aun a las mujeres de las familias del mundo de los negocios, cuya condición sigue siendo de dependencia y sometimiento[10]. Sin intentar ni siquiera mencionar las ideologías formuladas, desde la acusación mitológica de ser Eva la responsable de los males de la humanidad, hasta los misógenos "schopenhauerianos" de nuestros días, elaboradas para alimentar, mantener y justificar la situación angustiosa en la que se halla la mujer, nos referiremos brevemente a una

[9] Op. cit, págs. 200-201.
[10] Jane Marceau en el libro de Michel, pág. 97.

de las más extendidas, que proclama el determinismo biológico, o sea que afirma que estando la mujer conformada para la procreación o sea destinada a desempeñar su papel de esposa y madre, se halla obligada por la naturaleza a los quehaceres domésticos que le impone su maternidad. Esta teoría comienza por olvidar que, aparte de la lactancia, es el hombre el principal y primordial actor de la procreación, hasta el punto de jactarse de ser el único agente de la misma, ya que considera a la mujer como un mero recipiente, y, sin embargo, está eximido de las tareas domésticas. Por lo mismo, no se puede confundir el acto biológico de concebir, dar a luz y amamantar a un niño, con las posteriores actividades que imponen a la mujer el trabajo de cuidarlo, mantenerlo, atender su salud y su primera educación, que tienen una categoría económico-social. El factor biológico no es el que conforma la familia y su organización interior, pues mientras aquél permanece igual a través del tiempo, ésta ha sufrido transformaciones continuas de acuerdo con el desarrollo de las relaciones económico-sociales. La familia actual, no es algo natural, inmutable y eterno, sino un producto social sujeto a modificaciones y que ha de transformarse o desaparecer. No se trata, por lo mismo, de venerarla como una divinidad, cual hacen los que se benefician económicamente de ella, ni de suprimirla por arte de magia, como lo propugnan los modernos utopistas, como ya lo veremos más tarde.

Inclusive las diferencias que actualmente existen entre el hombre y la mujer, en cuanto a las características que los distinguen y se consideran como propias y específicas (sicología, carácter, comportamiento, capacidad física e intelectual, etc.) que se las invoca como determinantes de la inferioridad de la mujer, reducida a las tareas subalternas, y la superioridad del hombre dedicado a labores mayormente productivas y de carácter social; tampoco son el resultado de las distintas determinaciones biológicas y naturales de cada uno, sino el producto de la división del trabajo entre sexos. Desde que comienza la disolución de la sociedad comunal primitiva, la mujer fue siendo desplazada de las actividades productivas de carácter social, que inclusive le conferían una cierta preeminencia, para ser confiada en las tareas privadas domésticas del hogar, impuestas por el surgimiento de la propiedad privada, de la familia patriarcal y monogámica, mientras el hombre descargado de ellas, podía dedicarse a la producción social que crea el excedente e incrementa el intercambio, así como a las tareas públicas, la política, las artes, la ciencia, estableciéndose un desarrollo desigual entre ambos. La división del trabajo por razón del sexo, acentúa, cada vez más, ese desarrollo desigual de las facultades físicas y mentales de cada uno, de manera que las limitaciones que se encuentran en la mujer no se deben a ninguna incapacidad congénita, sino a la falta de oportunidades para

desenvolverse en los campos que le fueron vedados y monopolizados por el hombre desde muy temprano.

La religión con sus mitos, el hogar, la educación, los medios de comunicación y más determinaciones superestructurales, han contribuido poderosamente a crear y mantener, por siglos, esta situación. Así a la niña apenas comienza a dar los primeros pasos y balbucear las primeras palabras, se la coloca sobre los rieles que ha de recorrer toda su vida: su vestido, juguetes (muñecas, adminículos de cocina, etc.), la preparan desde que nace para el matrimonio y la maternidad. Al niño se le forma sobre otros patrones y para fines y objetivos diversos. En esta forma, tanto la familia como la sociedad, modelan artificialmente esa caracteriología que ha de culminar en lo que se llama la "feminidad" y "masculinidad". Y decimos artificiales, porque últimas investigaciones han demostrado que aún existen sociedades en las que las mujeres se dedican a los trabajos más pesados, desplegando una fuerza mayor que la de los hombres, mientras éstos ejecutan las tareas caseras como cocinar, tejer, cuidar a los niños y otras similares. En principio, abandonando todo prejuicio biológico, la mujer y el hombre están capacitados, en igualdad de condiciones, para todas las tareas físicas y mentales; pero una larga historia social de amputaciones, mutilaciones, deformaciones que ha sufrido la mujer, al dedicarse a las tareas subalternas, repetitivas, monótonas y asfixiantes, la han colocado en una situación de inferioridad e impedido el pleno desarrollo de sus facultades, con inmenso prejuicio para el enriquecimiento de la cultura universal.

Según Posnansky "los medios de producción y las fuerzas productivas son los factores básicos que determinan el desarrollo de las dotes intelectuales". Marx afirmó que "las diferencias entre un portero y un filósofo son menores que las que existen entre un lebrel y un perro policía. La brecha que existe entre ambos hombres se debe a la división del trabajo"[11]. No son las distintas capacidades de la mujer y el hombre las que determinan la división del trabajo, sino ésta la que conforma dichas capacidades. El extraordinario desarrollo que ha alcanzado el hombre en los campos de la literatura, el arte, la ciencia, la política y los altos niveles en su calificación profesional y técnica, se los debe, en gran parte, a la inmensa masa de trabajo realizado por la mujer en el silencio del hogar, a su abnegación, humillación y entrega, a la anulación de su personalidad y espíritu creador, que han hecho de ella el ser más sacrificado y deformado de la sociedad de clases. Inclusive el ejercicio de sus actividades domésticas, sin perspectiva, deprimentes, la han penetrado de un pesimismo pasivo y conservador, que alguien ha calificado como el "opio de los movi-

[11] Cita de Larguía y Dumoulin. Op. cit, pág. 41.

mientos de masa", cosa no del todo cierta, si consideramos la historia de sus luchas, en especial en los últimos tiempos, a las que vamos a referirnos.

La lucha de las mujeres por su liberación y los movimientos feministas

Las mujeres han luchado permanentemente por su liberación aunque no siempre con claros objetivos. En el siglo anterior lo hicieron principalmente por la adquisición de los derechos políticos como el voto, que en Ecuador, con el apoyo socialista, lo alcanzaron en la Constitución de 1929 y luego en 1945. En este siglo del neocapitalismo y de la sociedad de consumo, el contenido de los movimientos neofeministas, de largo aliento en los Estados Unidos y Europa, es otro. Estos surgen preferentemente entre las mujeres de los sectores medios, profesionales jóvenes, artistas, estudiantes, y colocan su acento en la liberación sexual antes que en la liberación social; en las relaciones de la reproducción biológica, antes que en las de la reproducción de la fuerza de trabajo, confunden relaciones sexuales y relaciones sociales.

Atribuyen excesivamente las razones de su opresión al autoritarismo jerárquico, chauvinismo y machismo del hombre, sin comprender que es el producto del dominio económico masculino en el hogar; de la división entre los sexos; que la familia es la célula económica de la sociedad de clase, baluarte de la propiedad privada, en la que se hallan en germen todas las contradicciones del sistema y constituye el centro de su explotación no sólo sexual sino fundamentalmente económica. Así esta corriente se presenta como una revancha contra el sexo opuesto, como una contrapartida, un machismo al revés, que trata de aplicar al esposo o amante la merecida ley del Talión. Esta corriente encuentra su principal ideología en el freudismo, con su endiosamiento del sexo y su afán desmesurado de explicarlo todo como efecto de la represión sexual, de la inhibición y la necesidad de la desinhibición de los instintos, resultando que aun la cultura es el resultado de la sublimación sexual.

No queremos negar la significación que han alcanzado estos movimientos feministas en cuanto a sacudir y despertar la conciencia de las mujeres acerca de su situación; pero es necesario anotar que la lucha por la liberación sexual, desconectada del contexto social, el liberalismo de la mujer y el camino de su verdadera liberación, sino que abre la puerta a una nueva forma de explotación neocapitalista, la explotación del sexo, a través de la sociedad de consumo. Miles de artículos sofisticados inundan los mercados, prometiendo con una abrumadora propaganda, belleza, felicidad, éxito, en las lides femeninas, no a través de la superación por el trabajo, sino del atractivo sexual, que todo lo puede. No olvidemos la invasión del

sexo y la nauseabunda pornografía en el cine, la novela, la revista especializada, la televisión y demás medios de comunicación masiva, tan grata al paladar de la burguesía, por los incalculables beneficios que rinden a las grandes empresas productoras, que acumulan millones, a costa de esta repugnante explotación sexual de que es víctima la mujer. Ventajosamente esto llega en menor grado, a los sectores de las obreras y campesinas.

Por otra parte, el énfasis que los movimientos feministas han puesto en el planteamiento del problema casero y la gratuidad de la masa de trabajo doméstico en la segunda jornada de trabajo, ha puesto en alerta a la industria ligera que, fingiendo aliviarla, atiborra a la ama de casa con una avalancha de instrumentos electrodomésticos (cocinas, lavadoras, licuadoras, ollas de presión, etc.), que si bien pueden mitigar en algo trabajo casero, endeudan largamente y comprometen la débil economía familiar transformada en centro de consumo y explotación por parte de las empresas dedicadas a estos menesteres, que no hacen otra cosa que arraigar aún más a la mujer en la prisión que tratan de adornar.

Quizás lo más positivo, en concordancia con dichos movimientos, son los esfuerzos de algunos científicos sociales de ambos sexos, empeñados en obtener que el trabajo doméstico sea incluido en el cálculo del producto nacional bruto y el ingreso nacional, así como en los indicadores de producción y consumo, formulando métodos adecuados para su cuantificación, a fin de eliminar las diferencias entre producción mercantil y no mercantil, con la perspectiva de una nueva racionalidad económica que se oriente al futuro y con el objeto de "considerar que los activos por vejez, las pensiones de divorcio y los derechos de herencia de la mujer deberían ser calculados en función de su producción doméstica efectuada en el curso del ciclo de vida de la familia y de la contribución de esta producción a la constitución del patrimonio familiar"[12]. Quizás esto contribuya a que la mujer adquiera conciencia del valor monetario no pagado por su trabajo en el hogar, que se la estafa, pues el momento en que se dé cabal cuenta de la cuantía de su explotación, constituirá una bomba de mayor poder explosivo que la de neutrones, del cavernario señor Reagan, que hará saltar en pedazos a los explotadores del sistema capitalista imperialista.

En resumen, estos afanes reformistas no pueden solucionar los problemas de la mujer. El capitalismo, a pesar de su enorme desarrollo industrial, de la internacionalización y automatización del trabajo social, mantiene, en aberrante contradicción, la reproducción de la fuerza de trabajo, que debe ser colectivizada a tono con

[12] Michel Op. cit, pág. 213.

el prodigioso desarrollo de las fuerzas productivas, encerrada en los millones de pequeñas empresas familiares artesanales, con el desperdicio monstruoso de esa capacidad de trabajo femenino confinada en la casa, ese taller privado primitivo, de bajísima productividad, en vez de ser incorporada a la producción social, porque para el sistema, la **familia,** la **sagrada familia,** ha de continuar siendo no sólo el centro de la explotación de la inmensa masa de trabajo no pagado a las mujeres oprimidas, sino constituyendo la célula vital de la sociedad de clase, el exponente y símbolo de la propiedad privada, sobre la que dicho sistema se sustenta. El capitalismo es incapaz de resolver esa contradicción flagrante, por más que se exhiban ciertos servicios como los elegantes comedores automáticos y otros similares, en manos de los grandes monopolios, que obtienen pingües beneficios, con precios prohibitivos para las familias obrero-populares. Además, si pudieran arrojar todo este trabajo oculto, retenido e impago, al mercado del trabajo social, agravarían sus problemas de crisis y desocupación crónicas, conduciendo al sistema a su irremediable colapso.

Referencias

Anónimo, LIBRO PLURAL. p36-37 -

Larguía, Esabel; Dumoulin, John, REVISTA CASA DE LAS AMERICAS. 65-66. p39, 41, 215 - Ed. Siglo XXI; La Mujer en la Sociedad Mercantil.

Marx, Carlos, EL CAPITAL. I. p188 - Ed. Fondo de Cultura Económica; Hacia una Ciencia de la Liberación de la Mujer.

Max Engels, OBRAS ESCOGIDAS. II. p194, 201 - Ed. Lenguas Extranjeras; El Origen de la Familia, de la Propiedad Privada y el Estado.

Michel, Andrée, LIBRO PLURAL. p17, 49-57, 59-66, 97, 200-201, 213 - Ed. Granica; La Liberación de la Mujer: Año Cero.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 56-57 Septiembre- Octubre/ Noviembre- Diciembre de 1981, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**